

VERDE MEMORIA

REVISTA DE POESIA Y CRITICA

5

JULIO 1943 - BUENOS AIRES

VERDE MEMORIA

REVISTA DE POESIA Y CRITICA

DIRIGIDA POR
ANA MARIA CHOUHY AGUIRRE
Y
JUAN RODOLFO WILCOCK

5

JULIO 1943 - BUENOS AIRES

LOS POETAS

CARLOS ALBERTO ALVAREZ nació en La Plata en 1917. Es profesor de Literatura y Castellano en Paraná, donde reside. Prepara un libro de poemas.

JULIO CÉSAR AVANZA nació en Buenos Aires en 1915. Vive en Bahía Blanca. Publicó en 1941 *La soledad invitada*.

ANTONIO PUGA SABATÉ nació en Bahía Blanca en 1910. Es periodista.

ANTONIO ESTEBAN AGÜERO nació en San Luis en 1917. Es maestro. Ha publicado *Poemas lugareños*, 1937; *Romancero aldeano*, 1938 y *Pastorales*, 1939.

JUAN ENRIQUE ACUÑA nació en Posadas (Misiones) en 1915. Estudia el profesorado en letras. Publicó en 1939 *La ciudad sangrante*.

FRANCISCO TOMAT GUIDO nació en 1922. Vive en 25 de Mayo. En 1942 publicó *Canción celeste*. Prepara un libro de poemas.

JUAN G. FERREYRA BASSO nació en Alberti (Prov. Buenos Aires) en 1910. Vive en Coronel Mom. Ha publicado en 1940, *Rosa de arcilla*; en 1942, *La soledad poblada*.

HORACIO CABRAL MAGNASCO nació en Río Cuarto (Prov. de Córdoba) en 1918. Estudia abogacía. En 1942 publicó *La estación florida*. Ya tiene terminado otro libro de poemas, *La tierra y el designio*.

RAÚL AMARAL nació en La Plata en 1918. Ha publicado *Plegarias de Silencio* (1941) y *Sonetos del Fortín* (1942).

ODA DE LA SOLEDAD

CARLOS ALBERTO ALVAREZ.

Entre las hondas hojas, olvidado
del verde alrededor de mi persona,
me aclaro con la sombra de su lado,

mientras en el follaje se arrincona
la sombra y la calandria dibujada
más que en la pluma en la canción que entona.

Y oculto como el ave ensimismada
vivo feliz bajo la rama oscura
donde estará la flor a la alborada.

Gimo de amor y de palabra pura
y festejo la flor que en mí se queda
cuando la fresca sombra se apresura.

Oh, antiguo corazón de la arboleda,
hermano del que vive suspendido
de una ilusión y una calandria leda,

y se entrega a la sombra y al olvido
como al río que mira en vida lenta
con su color a su silencio unido.

Toda esta paz, descanso en la tormenta,
llega por esa ausente milagrosa
que gobierna mi vida, sin que sienta

su modo de no ser de mariposa,
su vida de color que el aire mece
igual a leve y peregrina rosa.

Recién se puede ver cómo florece
en una soledad resplandeciente
el amor que a la sombra se parece.

Poco queda del día y del presente
para el que distraído en olvidanza
lleva en el corazón toda su mente

y añora, destronada, la esperanza
que abandonó la tarde que a la muerte
se vino sin apuro y sin tardanza.

Al recurrir al cielo para verte
en la senda me encuentro con la estrella
porque es volar la forma de quererte,

y llega al cielo la fragante huella
de tu paso de fábula encendida,
al cielo de mi muerte y de tu vida,
al cielo de la pluma y de la estrella.

C A N C I O N

Allá, en la flor lila
del jacarandá,
abre sus ojos lentos
mi soledad.

La brisa va a las flores
para mirar
dónde tiene cariño
mi soledad.

Y como estoy tan solo,
la eternidad
se lo pasa mirando
mi soledad.

P O E M A

JULIO CÉSAR AVANZA.

Cierta dura flor, cierto aire duradero
donde no cabe su gracia,
donde no cabe acaso
su amorosa raíz que se desata en sueños.

Donde no le llaman,
donde a su nombre verdadero
él no acude tampoco ni responde.

Cierta ciega costumbre de antigua persistencia,
cierto dibujo del tiempo donde la muerte acecha
y un rumor delicado
vierte en las venas su corrompida espuma.

Cierto lugar donde la tierra cumple
su cifra de exterminio repetida en el polvo.
Cierta dura flor...

Cierta criatura amarga y sometida,
cierto paisaje lento que llevan ramas verdes
donde la voz se queda en la vuelta del aire.
Donde no le llaman.
Donde a su nombre verdadero
él no acuda tampoco ni responda.

LA HERMOSA LUCIDEZ

JUAN ENRIQUE ACUÑA.

Tanta demora en mi secreta hondura,
tanta pasión doblada, dulcemente
sufrida, brizna siempre doliente
entre el verdor salvaje, y tan segura.

Iba, canto en el agua, entre los rojos
desgarramientos de la tierra, hundida
en lo más simple, en lo profundo ardida,
vuelta hacia el llanto de mis propios ojos.

Iba junto a los hombres, ah, sabiendo
que sus cuerpos bajaban por el río
yertos, limpios, maduros, y que el mío
en la orilla temblaba, vivo, ardiendo.

Aun lejos de su muerte les cantaba
—¡oh, cintura de polcas en mi canto!—,

y su piel de tabaco, en el espanto,
con luminosa exactitud brillaba.

Yo cantaba su huída por la noche,
la bruma de sus ojos desolados,
el ramaje sangrante, los mellados
y cálidos machetes, y el derroche

criminal de su sangre cuando apenas
era un pájaro turbio su alegría;
o esa lenta locura en la almadía,
con las carnes deshechas y las venas,

disueltos para siempre, como blancas
y flotantes raíces, sin destino
ni memoria terrestre, remolino
solitario entre inmóviles barrancas.

Pasaban los cadáveres lejanos
poblando el agua de eternidad, y era
la noche recostada en la ribera
lánguida piel de amor entre mis manos.

¡Qué cerca de su sueño esta demora!
Creciendo hacia el dolor, como sus claras
carnes deshechas sobre las tacuaras,
voy en lenta deriva hacia la aurora,

disgregado, sin tiempo ya ni orillas.
Y me invaden los árboles, los yuyos
colorados de polvo, los cocuyos
flotando en el calor, las maravillas

de los tibios insectos, el profundo
corazón de la selva, la ternura
milagrosa del agua en la espesura,
toda esta firme eternidad del mundo.

Y va la noche por la oscura alfombra
de la selva sin fin, sobre la tierra
dormida en el remanso que la encierra.
Y va mi hermosa lucidez sin sombra

soñando, con la sangre en la garganta
turbia de amor y polcas, al lejano
ensueño de los cerros que el verano
con su letargo tropical quebranta.

Y me miro las manos, vivas, rojas,
llenas de polvo de esta tierra mía,
segura y dulce porque la Alegría
ya canta bajo el sol, entre las hojas.

S O N E T O

JUAN ENRIQUE ACUÑA.

Ya pulida de amor, la flor ansiada
su gracia levantó tan dulcemente
que al pasar de mis labios a tu frente
en medio se detuvo, descansada.

No la viste asomar, abandonada
al calor de mi empuje solamente.
No la viste quedarse, pura, ardiente,
sobre tu piel de limpia enamorada.

No la vieron tus ojos, ni tus manos
le ayudaron a ser tan florecida.
Ni mis ojos la vieron, ni mis manos

la sacaron de adentro tan pulida.
Era eterna del aire y la ternura
confundía en su luz nuestra hermosura.

C A M I N O S

ANTONIO ESTEBAN AGÜERO.

Tiendo mi sangre, hago con mi sangre sendero
para que no camines por el sol de verano;
no pesas nada, nada, tan liviano y ligero
es tu andar como el peso de la luz en la mano.

No me haces mal, no temas; descálzate primero;
mi sangre es fresca, tiene un frescor de manzano,
un color de amapola y estival guindalero,
y un noble olor a vida, ese olor soberano.

Pisa mi sangre, hazte con mi sangre camino,
anda por ella, sube por ella a la colina
entre el ocaso viendo si la noche se alza.

Y ha de ser un suceso sin igual, peregrino,
digno de andar países sobre una golondrina,
el verte por mi sangre caminando descalza.

S O M B R A

ANTONIO PUGA SABATÉ.

Para que ruede lejos
para que se sumerja con la voz despedida
sin descanso ni odio
como una extraña esfera.

Naciendo entre la muerte de los cobres de otoño
renaciendo en el sueño, decreciendo remota.

Así por mis comarcas
por mis viejos países derrotados
lenta de movimiento
como una desahuciada distancia del sonido.

Yo la veo surgir
yo contemplo su rostro
y pregunto la nueva desesperada ruta.

Oh despiadada curva.

Sus jardines se pueblan de sonrisas y sueños
su presencia me invade como una muerte mía.

LA CIUDAD Y SU ACENTO

ANTONIO PUGA SABATÉ.

Una ola al final
surgiendo del pasado,
el humo del sonido o del sueño
construyendo, agitando
una mano que inicia su dibujo de sal.

Centro de multitudes, corazón de la arena
con un grueso alarido, su matiz,
la azucena cortada,
el camino del bosque y una hoja
un rostro diminuto
asomado al partir, alucinado.

Una línea sutil, un llamado
el llanto de una ola que llega desde el sueño
algo tremendo y sordo
que a la ciudad combate desde el mar
que sus húmedas casas acongoja
por su verdad, su presencia de barro,
habita y enmudece, une y desata.

Cuando en la vieja calle
donde las sombras y la sangre viven,
cuando pasan al cabo las horas y los sones,
los pasos se desploman,
crece la piedra en aire,
sus palabras se escuchan
su acento se detiene, poblando, alimentando
y un ritmo se formula iluminado.

Sus ojos se encaminan hacia un mundo de flechas
a una sonora y libre comarca,
a una llanura vegetal y distante
donde el viento discurre y las aguas reviven.

Su ser en carne y sueño
nada en el tiempo habita,
como un paso en la arena o una palabra herida
y su sombra se tiende desde ahora
sobre un limo de alma en esta playa sola.

SONETO

JUAN G. FERREYRA BASSO.

Perseguida por veste y cabellera
huyes, grácil gacela o tierno trigo.
A son de cuerno y flauta mañanera
cruzo este verde campo y te persigo.

Quiero la soledad de esta pradera
o su nube fugaz para testigo
que de tu doncelléz y tu bandera
su enamorado soy y su enemigo.

La paloma en la diestra, el ojo alerta
llega un ángel terrestre y marinero
para ver si te quiero o no te quiero.

Acorta el paso ya, oye mi oferta
oh vara virginal. (En tanto verde
ya fulgura la rosa, ya se pierde).

S O N E T O

FRANCISCO TOMAT GUIDO.

Esta voz que me vela sin segundo
sobre el lirio virtual de su blancura,
lleva el canto de amor a la espesura
de mi labio caído en el trasmundo.

Cruza el campo celeste en lo profundo
del adiós sin ventanas, ni premura
y es su prado desnudo el que me augura
el perfil de mis pájaros sin mundo.

Inclinado en su boca, entre la nieve
de su piel vegetal, la hierba hiendo
por la ruta floral de un sueño leve.

Y su suelta sirena, desvelada,
enrojece al aliento que no entiendo
porque hiere al amor y queda helada.

ALBA VIRGEN EN EL AMOR DE ANTAÑO

FRANCISCO TOMAT GUIDO.

Figura entre los aires llegando al infinito
abismo de los juncos del corazón liviano,
con un eterno llanto de pétalos heridos
y un prado de recuerdo para los desagravios.

Fué apenas el deslinde de la mano segura
sin litoral ni límite llamando a las cenizas
y me quedó la arteria de un corazón infante
muriendo entre las alas de espuma sin caricia.

Qué amarga me pareces, floral llovizna niña,
ungida entre mis manos, anónima y reciente;
dispersa en las jornadas de un mapa sin sustancia
con rumbos sigilosos de aniversarios verdes.

La orientación del alba se amustia en mis cabellos
como una amante virgen cedida al sueño manso
y aquella madre selva perenne de reflejos
es puente donde queda la luz de antiguos pasos.

Ha cambiado la línea preliminar del tiempo
junto a la soledad cautiva de tus ángeles.
Por fugaces ventanas las risas y los trinos
sostienen la pradera de jóvenes rosales.

Quizá el heno inútil de la vida florezca
entonces en las trenzas de aquel amor distante.

ESTAMPA DE LA HUMILDAD AGRICOLA

RAÚL AMARAL.

Acechadla en penumbras y en pólen diluído
por solares de muda clorófila y espigas,
que está su sien perfecta desmigajando nieblas
y el sembrador ansía su paz de casuarinas.
Los nervios insinúan la búsqueda impaciente.
Rebrotan superficies de sal junto a la piedra.
El mapa desvanece sus órbitas lacustres
y el aire ya apresura su imagen verdadera.
Despojados los muros, ceñida a sus estambres,
refúgiase en celestes esquinas de ternura.
Presentimos su múltiple idioma de cereales
si crecen a su amparo las márgenes fecundas.
Procuradnos la clave fundamental del leño.
Habladnos de su agreste corona en centenarios:
Fortaleza de asiduas pasiones memorables
con sus novias de malva latiendo sobre el campo.

Nos reconcilia el mismo sudor, la misma siembra,
la misteriosa espalda surcada de terrones;
destrenzamos el claro nivel en las faenas
y continúa el férreo cansancio de los pobres.
Habitamos la hectárea de la orfandad poblada
con sus ecos agrarios, sus hambres, sus vertientes.
¡Qué ceniza de lluvia para la mies paterna!
¡Qué dócil la alameda de cruces y su vértice!
Del girasol se escuchan congojas singulares.
Subterráneas alianzas de tiempo nos presionan.
Nuestra labor de antaño reclámanos al día
y el júbilo despierta sus láminas sonoras.
Por sus flancos desborda la grávida semilla.
Breve oración de granos desvíase entre juncos
la mujer nos recobra sus índices de aceite
y el cielo inmortaliza su senda sin escudo.

En ciudades de embrujo y honrosa persistencia,
en región de cuarteles partimos hacia el alba.
Territorio de heridas forjadas para el hombre.
Oh, destino del germen en patria de labranza!

SINFONIA TERRESTRE

HORACIO CABRAL MAGNASCO.

*Sobre la tierra amarga
camino tiene el sueño
laberínticos...*

ANTONIO MACHADO

Que el tono de mi voz, se sumerja
en tu acento y en el hondo latido de la angustia.
Y que en la tarde abarrotada en sol
—donde el amor y el odio se confunden
y hay persistente ansiedad de placeres remotos—
niegues la suprema erección de los cauces,
doblegados al ímpetu del agua solitaria
—Tú, la más solitaria, la más amarga, acaso—.

Porque el tiempo se arrepiente
de la verdad precisa,
y un extraño rumor a eternidad dejada en prenda
debatirá su fáustica agonía
que escapa a la fina sutileza nocturna.

Has de acudir al intenso llamado de la tierra
que abre la húmeda ofrenda de su vientre
y remata en la lágrima, segura del designio.
Has de triunfar —tú, amarga solitaria—
y en el plumaje primitivo del ave
tatuará la sombra imperceptible del arbusto,
la inclinación del sauce sobre el agua tendida,
o el verde gigantesco
bebiendo cielos y distancias en la pampa.

Yo comparo tu ausencia al vuelo sin nostalgia
sobre la ebriedad del mar.

Tu segura promoción a la muerte
es para el aire un rumbo impuesto por la nube,
cuando afinas la vista de tu propia inquietud
y derrumbas la columna que alzaron
los que dejan un recuerdo de piedra.

Buscarás el equilibrio de la estrella
y en él el fin y el principio de tu vida,
y en él la ruta y el camino sin broza,

y en él el abrigo y el encuentro
que ansía desdoblar el futuro,
pues la tierra se torna cada día más íntima.

Y de tu nombre, musical siempre viva
de sueños fatigados, habrá una entrega de crepúsculo
entre un leve silencio y amapolas derraídas.

Y de tu mano, hoy incolora como el próximo cielo,
se verá la total plenitud de tu cuerpo,
nacerá la restitución del azul moribundo.

L O S L I B R O S

ENUMERACIÓN DE LA PATRIA: SILVINA OCAMPO.

PREMIO MUNICIPAL 1942

Un libro escrito por una mujer, en nuestro ambiente, y que no resulte un "abanico de emociones", siempre sorprende un poco.

Sin embargo ni la inteligencia, ni la cultura bastan para producir poemas hermosos.

Es lo que ocurre con "Enumeración de la patria".

Ausente en estos versos el sentido o mejor dicho el sentimiento de lo poético, todos sus elementos se acumulan en desorden.

Queda entonces un resto tremendamente recargado de literatura que unido a la forma de una simplicidad artificiosa, ahoga totalmente versos que pudieron haber tenido cierto valor.

El abuso de nombres y temas exóticos es inexplicable en Silvina Ocampo, no sólo porque la mayoría de ellos no han sido tratados en forma interesante, sino porque el espíritu de la autora parece expresarse mejor en la única parte del libro en que deshecha todas esas vestiduras del pasado.

Desdichadamente a lo largo de casi toda la obra el lector se siente abrumado por esta curiosa predilección que recuerda aquella terrible "Fiesta Popular de Ultratumba" de Herrera y Reissig.

Por ejemplo en varios de los ocho poemas que dan título al libro anotamos entre otros, los siguientes nombres:

Duque de Wu, Mahmud de Gasni, Murasaki Shikibu, De Quincey, Chopin, Ravel, Schumann, Lohengrin, Leda, etc., los cuales al pasar por lugares como Puente Alsina y Parque Lezama, convierten el violentísimo territorio de la patria en escenario de un absurdo ballet que se representara con telones cambiados.

Tal la impresión que produce "Enumeración de la patria".

Pero quiero hacer una excepción con "Los sonetos del jardín", pues a pesar de parecerme lo más imperfecto del libro desde el punto de vista técnico,

tiene por el encanto de su tema (ese balcón donde se reclina una suave figura, esa niña triste abandonada entre espejos, esa lencería tranquila y perfumada, esos ropajes lila flotantes en la tarde) el valor de representar un mundo humano y delicado desde el cual Silvina Ocampo debiera edificar su obra futura.

ANA MARÍA CHOUHY AGUIRRE.

LA COLUMNA Y EL VIENTO: VICENTE BARBIERI.

PREMIO MUNICIPAL 1942

Todo el espíritu poético de Vicente Barbieri como una flor durante mucho tiempo entre piedras, envuelta en la misma greda que a veces asoma a sus labios, aparece más y más en este último libro suyo, este cofre velado y confuso que deslumbra con resplandores súbitos.

En este delicado universo, son evidentes su seriedad y la profundidad con que las ideas expresadas viven dentro de su alma:

*Oh, yo sé que ya nada, nada sobre este mundo,
nada sobre la nube, nada sobre el empeño,
podrá apagar el eco del sollozo profundo
que deslía en estrellas tu sumergido ensueño.*

Cuanto hay en el libro parece visto a través de una reja donde el hierro forma dibujos raros. En ciertos lugares no se distingue nada, en otros se entrevé un patio lleno de recuerdos y de flores.

*Y grandes tulipanes callados en las sombras,
la gran campana quieta, y el jardín clausurado.*

Otras veces es un dolor contemporáneo que reproduce su dolor en los sonidos. A lo largo del libro, encontramos siempre la misma persona, una persona diferente a las demás, y cuya existencia nos produce un suave placer.

Las ideas que expone Vicente Barbieri aparecen con una definitiva madurez artística; no es así definitiva su expresión, a menudo oscura y particular. También son bastante desarticuladas la arquitectura y la línea conductora

de los poemas. Hay en determinados momentos aglomeración de cosas que son por suerte muy lindas pero que no se coordinan, y en otros algunos errores de construcción.

Pero la impresión que produce el libro es muy buena, porque con él hemos aumentado en algo nuestro espíritu. Como toda obra de arte verdadera, nos deja imágenes capaces de existir con más fuerza que las reales. Por ejemplo, la admirable entrada de La Locura en El Alfarero; y en la Columna de Humo:

*el caer de los pétalos
al agua de las tardes
y el acorde que muere
en el silencio grave.*

.....

*Y oyó el grito de Saulo
en el interrumpido
camino de Damasco,
y ornado de luciérnagas
vió el madero sagrado.*

.....

*Y vió pasar de pronto
bajo sus alas negras
de acero y de ceniza
el ángel del Omega.*

Y esta otra figura perdurable:

*Bailan tus infantinas entre risas y encajes,
entre blancos saludos y albas melancolías,
mientras retrata el lago despedidas y viajes
con parques invernales y escalinatas frías.*

Repetimos, finalmente, que este volumen marca un ascenso repentino y rápido dentro de la obra poética de Vicente Barbieri.

J. R. WILCOCK.